



memòries de mestres



**Records d'una vida
de professora
d'institut a
l'Hospitalet
de Llobregat**

Eugenia Vázquez Moreno



Memòries de mestre. Recuerdos de una vida de profesora de instituto en l’Hospitalet de Llobregat

Eugenia Vázquez Moreno

Profesora

Cuando oigo por la radio una noticia de l’Hospitalet, atiendo bien para saber qué pasa en esa ciudad de mis amores. Si dicen un nombre, pongo mucho interés “por si lo conozco”. Mis años de profesora, de 1978 a 2010, me dan permiso para indagar y reconocer. Hago ahora un barrido a mi memoria y saltan hechos, situaciones trágicas y cómicas que voy eliminando. Me quedo con recuerdos que me gustan. Vuelvo a verme en clases con libros en catalán, exámenes y explicaciones en catalán y en castellano..., ejercicios bilingües, no hay dilema.

Coincido como compañera con Genís Pascual, que en el *Quaderns d’Estudi* nº 28 cuenta el nacimiento del Instituto antes de ser Mercè Rodoreda. Tiene de nombre un humilde número: Mixto nº 4. Entonces era profesora de Historia y más tarde, con la ESO, me iba a convertir en profesora de Sociales. Mi generación había vivido los años importantes bajo la dictadura de Franco y la enseñanza recibida era una pesadilla de autoritarismo y lavado de cerebro. Así que cuando comencé a dar clases (en varios centros antes que en l’Hospitalet), con mi licenciatura en Historia, todo mi interés era aquello de “dar la vuelta a la tortilla”, que se decía tanto entonces para todos los afanes de la vida. Los medios realmente precarios del Instituto no me parecían problema, ni a mí ni a casi ninguno de los profesores y las profesoras. Estábamos dispuestos a cubrir las carencias con horas, con nuestros libros, con nuestras diapositivas, con nuestros proyectores; a veces, hasta los alargadores para enchufarlos también eran nuestros. Teníamos lo mejor: vocación enorme. Y ¡qué decir del alumnado! ¿Maravilloso? O mejor, ¿estupendo? Querría explicar cómo los chicos y chicas cubrían casi por completo mis expectativas. Todo no era perfecto, pero funcionaba aquella idea que teníamos de que nuestro oficio servía para mucho en el comienzo de la democracia y para el entierro de la dictadura, y eso compensaba los malos tragos con los que la realidad a menudo nos vapuleaba.

Como Genís cuenta los apuros en los barracones, no quiero repetir lo de los charcos, el frío, el calor, el ruido y unas cuantas cosas más que sufrimos el primer año. Pero ¡el estreno del nuevo edificio! Digo bien: estreno y no inauguración. Casi todo era nuevo: lo viejo lo habíamos trasladado en coches los profesores y con algún arreglillo lo íbamos a aprovechar, pero las aulas, los departamentos, los (futuros) laboratorios, la biblioteca, el aula de dibujo, la sala del profesorado, eran preciosos y

para estrenar. Era un edificio de los pactos de la Moncloa y nos encantaba, pasillos grandes, ventanas grandes y todo flamante. Claro que pronto descubrimos algo chocante: aquí, en Asturias o Andalucía (con las diferencias de clima que hay) habían construido institutos idénticos. Así que eran nuevos, pero tampoco había que hacerse muchas ilusiones.

L'Hospitalet aún tenía mucho campo. Recuerdo ejercicios de geografía que consistían en calcular espacios de terrenos aun agrícolas y del sector secundario y terciario a partir de unos planos que nos había ofrecido el Ayuntamiento, para el que también empezaba una nueva época de colaboración con los centros educativos. Nos llegaban chiquillos que eran nietos o hijos de campesinos de otras tierras, que en clase aportaban experiencias y se sentían orgullosos de poder explicar cómo era un trillo o qué significaba estabular el ganado; conocían cosas que no sabía nadie y en aquellas ocasiones eran los protagonistas.

Desde los primeros años hicimos revistas del Instituto: la primera se llamó ¡Mots! y luego vino Roba Estesa. Entonces, sin ordenadores, era una tarea costosa; sin embargo, las miro ahora y creo que eran dignas y bastante divertidas. En los años noventa llegaron los ordenadores (¡qué de novedades!) y nació No em ratllis.

El profesorado no sólo transmitía conocimientos a los alumnos sino también cosas que les harían disfrutar más de la vida. Por ejemplo, los aproximábamos (¡con éxito!) a las maravillas del arte; otras veces esos intentos acababan en triunfos pequeños o más bien fracasos, como cuando hicimos una campaña de lectura en una hora semanal de tutoría. Durante un tiempo, con un gran esfuerzo, llevábamos a las clases libros que nos parecían entretenidos y también ellos los traían de su casa. No funcionó, más bien fue un fiasco. Quizás el amor a la lectura hay que crearlo antes. En fin, en todo caso yo aprendí muchas cosas de aquel intento, por ejemplo que transmitir en clase lo que a nosotras nos puede parecer una maravilla no es sencillo.

LAS SEMANAS CULTURALES

En los años ochenta, creamos en institutos de todo el Estado una nueva fiesta: "La semana cultural". Era en febrero y duró pocos años. La idea era estupenda: aprender cosas nuevas y conocimientos no reglados de manera original. Hicimos sesiones de teatro, de cine, de magia, de revelado de fotografía, de música, de juegos, de mimo, de creaciones artísticas; aprendimos a teñir ropa con formas extravagantes, a dibujar cómics, a crear pequeñas películas, a hacer papel, a encuadernar... Para éstas y muchísimas más actividades novedosas organizábamos talleres. Los chicos y chicas se apuntaban obligatoriamente y las aulas eran el recinto apropiado. Hubo años brillantes y otros más romos. Las semanas culturales duraron pocas temporadas pero guardo buenos recuerdos de aquellos días en que aprender era tan colorista y divertido.



Intercambio con Bellegarde (Francia), 1996.

EXCURSIONES

Las actividades que tenían el éxito asegurado eran las excursiones, ya fueran a Barcelona o a Madrid, a Andalucía, por Cataluña, a Francia o a Portugal. Tenían un encanto especial las excursiones a París y a Italia, que repetimos muchos años. En Italia se trataba de visitar ciudades y museos. Visto en perspectiva, me doy cuenta de que las primeras veces éramos héroes sin paliativos. El objetivo era conseguir ir muchos días por poco dinero. Esto quiere decir que el instituto, o mejor, unos cuantos profesores y profesoras del instituto, nos convertíamos en algo así como agencia de viajes: conseguíamos contratar barato tanto los autobuses como también los hoteles, las comidas, las visitas culturales, etc. No hace falta decir que los viajes largos (ilarguísimos!) a Roma, Florencia, Pisa, Venecia se hacían en autobuses más o menos cómodos, ni que la estancia podía guardarnos sorpresas. Recuerdo un viaje a Florencia en el que nos nevó, llovió, hizo frío... todo lo que puede temer un profesor. Así que tuvimos que improvisar: compramos para todos unos impermeables de esos que recuerdan bolsas de basura de colores y, como si hiciese brisa primaveral, ía visitar las grandes obras del Renacimiento! En otra ocasión, en Roma, habíamos organizado la excursión con el Instituto Torres i Bages, así que las visitas eran de grupos mucho más grandes. Nos iba saliendo todo muy bien, pero cuando íbamos a ver el retrato de Inocencio X de Velázquez, que está en la Galería Doria Pamphili, nos encontramos con que el recinto estaba cerrado. Así que los profesores, o más bien las profesoras, tomamos una decisión: ir a ver al director de la Galería y suplicarle que nos abriera. Un guardia que estaba por allí nos dio su dirección. Nos dirigimos a su

casa, donde nos abrieron la puerta y nos recibió el director. Algo vio en nuestras caras de súplica auténtica que el hombre se vistió (iba con batín de seda), nos abrió la Galería y él mismo nos hizo de guía. Sólo los chicos y las chicas de l' Hospitalet (y su profesorado) admirando los cuadros de Tiziano, de Rafael, de Brueghel, de Caravaggio, esculturas de Bernini y por supuesto el de Velázquez con un guía que ni en sueños. Los viajes a Italia, a cuenta de las asignaturas de historia y arte, siempre daban de sí. También los viajes a París eran de gran ilusión —siempre “queremos ir a París”!—, pero entonces sólo podía ir un grupo, el de los que estudiaban francés.

OTRAS MANERAS DE APRENDER

Además de clases, exposiciones, conferencias, museos y excursiones, pensábamos que se podía aprender mucho con otras actividades. Añadimos al quehacer diario cosas... como pintar el instituto, en el curso 1987-88. No hace falta una gran imaginación para situarse en un edificio con tres pisos, un montón de profesores que sabríamos mucho de historia, de matemáticas y de ciencias, pero de pintar, nada, y como ayudantes y mano de obra voluntaria a docenas de chiquillos y chiquillas para quienes aquello era una verbena. Al final llegó un pintor que sabía, pero el mal ya estaba hecho. La finalidad oculta que tenía la “actividad” era que no estropearan lo que ellos habían hecho con su trabajo. Y creo que ese objetivo se cumplió, porque no se pintarrajeaba el instituto. Quedó limpio pero horroroso. Un tiempo después, las profesoras de dibujo dirigieron una decoración para la entrada y las paredes de algunas escaleras. Era una cinta que bailaba, se deslizaba y podías seguirla, como en aquel cuento de Cortázar. Quedó bonito y sugerente, y esta vez sí que iba todo firmado.

Cada departamento se esforzaba en hacer cosas que interesaran a los chicos y chicas, con el objetivo de que estuvieran más pertrechados, es decir, que supieran más de todo, para la vida real que se les aproximaba. Por ejemplo, desde Ciencias Naturales hicieron un huerto en Can Sumarro (sí, en el instituto ya hacíamos huertos urbanos en los ochenta). El Ayuntamiento había cedido al instituto unas parcelas para cultivar y allí iban alumnos y profesores para observar lo que se veía en los libros, y para plantar vida que, por supuesto, crecía más despacio de lo que deseaban. Los profesores de Educación Física, desde poco después de la creación del “Mercè” (como decían los chicos y chicas), formaron grupos para hacer distintas actividades. Pero lo que fue, y sigue siendo, un éxito, son “las coreografías”. Bailaban y montaban ellos solitos cuadros de danza (con trajes, argumento y música) y en junio se valoraban en un concurso. Como gran parte de las actividades escolares, las coreografías servían para integrar a los chicos, quitarles timideces y darles seguridad. Aquello que decían los antiguos de “aprender deleitando” lo preferíamos a “la letra con sangre entra” de tiempos aún próximos. Los departamentos de lenguas extranjeras sacudieron el centro con nuevas maneras de aprender, hasta entonces sólo propias de los centros privados: se empezaron a hacer intercambios de alumnos con el extranjero. Nos llegaron chicos y chicas franceses, ingleses, canadienses, estadounidenses, italianos; estaban en l' Hospitalet unos días (o un curso entero los americanos) y se-



Verona. Viaje de fin de curso de 4º de ESO, 2006.

guían las clases con formalidad. Estaban alojados en casa de familias que se desvivían para que se encontraran bien y, al terminar la estancia, la valoración siempre era muy favorable. Luego los chicos iban de intercambio a esos países y volvían llenos de historias. Los que habían ido a Estados Unidos traían un sinfín de experiencias, de las que no salen en las películas. Por ejemplo, contaban lo diferentes que son las relaciones familiares: "cada uno come a su aire", "no tienen una madre sacrificada para cocinar", y en general, la vida cotidiana: "no beben agua del grifo nunca" o "conducen coches". Se llevaban sorpresas de todo tipo, pero a mí me parecía que las relaciones familiares incluso les asustaban un poco. Los que iban a Francia, a Inglaterra o a Italia no vivían tantas novedades; iban a las clases y siempre hacían estupendas visitas culturales, preparadas para aprender y pasárselo muy bien. En general, los intercambios hacían que los chicos constataran que el mundo es muy grande y que no era imposible visitarlo. Para comprender lo innovador de la experiencia hay que tener en cuenta que en los años ochenta del anterior siglo no había viajes low-cost, todavía estábamos lejos de ir sin pasaporte por Europa y siempre costaba mucho dinero.

Los profesores de música llevaron a los chicos y las chicas a la ópera, al Teatro del Liceo de Barcelona, con mucho éxito. Tuvieron la conciencia de pisar un sitio sólo para privilegiados. Años más tarde interpretaron en el Teatro del Mercat de les Flors, junto con otros centros de Barcelona, una preciosa ópera. Todos los profesores buscábamos atractivos adicionales a nuestras asignaturas, no queríamos que una vez más se cumpliera aquello de "enseñar lo del siglo XIX para alumnos del XXI". Hacía-

mos cursos y conferencias sobre sexualidad, trastornos alimenticios, química, arqueología... siempre con personas especializadas. No se trata de enumerarlo todo, porque la lista sería interminable, sólo decir con la mayor convicción que intentábamos cambiar a mejor. En este empeño a veces nos equivocábamos. Por ejemplo, recuerdo un año en que, a los de Historia, nos interesó mucho hacer un curso sobre cine, con cine de verdad, no con vídeos. Para eso vino un grupo de profesionales a explicar las grandes películas de la historia y las proyectaron comentadas en gran formato en la biblioteca. A los profesores que lo organizamos nos pareció estupendo, ifantástico!, pero a los chicos no les gustó nada. Los profesionales no sabían cómo tratar a los jóvenes y lo hicieron fatal. Ahí también vimos que se necesita una sensibilidad especial para tratar con adolescentes, porque parecen adultos, pero no lo son.

LA ESO

Empezó en nuestro centro en el curso 1996-97 y llegó como cualquier cambio impuesto: con discusiones y valoraciones opuestas. Entran todos los niños que cumplen doce años, también aquella chiquillería que, hasta entonces, quedaba suelta por las calles (desde los catorce años a los dieciséis, la edad legal para trabajar). Ellos pasarán a los institutos junto con aquellos de los que se decía: "Este chico mejor que vaya a formación profesional". Esa filosofía desaparece junto con otras muchas cosas. Europa exige una enseñanza obligatoria hasta los dieciséis años. Habíamos entrado en la Unión Europea en 1986 (¡qué ilusión!) y eso conllevaba muchos cambios. Así que, junto con la CEE, pero unos años más tarde, nos llegó la ESO. Se presentaban grandes transformaciones, pero, ya se sabe, lo más difícil es renovar las mentalidades. La enseñanza no era un privilegio y nosotros, profesores y profesoras, estábamos al frente; sí, utilizo a sabiendas ese término un poco guerrero, porque la aparición de aquellas criaturas de once y doce años con obligación de aprender tuvo durante un tiempo el aspecto de lucha teórica para el profesorado. Buscábamos preocupados cómo hacerlo bien. Íbamos de colonias, con tantos problemas que siempre espero que alguien que las haya vivido lo cuente, son como rebabas de la historia. Se implantaron los trabajos de síntesis. Se trataba de realizar un resumen de los conocimientos de todo el año; los hacían en grupo al final de curso y había una prueba oral individual. El profesorado afinaba la imaginación para que se hicieran ejercicios originales, con resultados a veces preciosos. Todo era superable, pero las dificultades mayores se nos presentaban con aquella niñería "sin sustancia" que queríamos que se adaptara a nuestros modos. Después de muchas pruebas fracasadas, se cumplió aquello que decían los filósofos de "tesis-antítesis que se convierte en síntesis". Es decir, que costó trabajo y vimos cómo nuestra erudición era mejor dejarla para bachillerato: enseñanza no obligatoria y minoritaria. Los cursos de los pequeños nos situaban en otros mundos.

Me quedan muchos recuerdos inimitables y llenos de gracia, por ejemplo, el de aquel año en que nevó. Era por la tarde y la oscuridad del cielo se tiñó con los copos. A través de las enormes ventanas veíamos la espléndida nevada y mientras yo expli-

caba el feudalismo, de reojo todos atendían al cielo. Y yo me decía: "Pero chica, ¿no ves lo que hay fuera?", mientras me acordaba de unos versos que había aprendido, cuando yo tenía su edad, que decían algo así como:

"Ha bajado la nieve, divina criatura.
Ha bajado la nieve, mejor que las estrellas.
¡Mirémosla caer!"

Mantener atenta la clase era imposible. Yo esperaba un milagro y ocurrió: vino la jefa de estudios a anunciarnos que saliéramos todos, que se iba a cerrar el instituto: "Todos a casa!". Lo más parecido a aquella salida sería una gozosa estampida de docenas de niños y niñas corriendo y gritando: "¡Al patio!" Muchos me dijeron con alborozo, emocionados: "¡Es la primera vez que veo la nieve!"

Necesitábamos materiales para clases distintas y aparecieron muchos grupos didácticos con espléndidas ideas que nos apresurábamos a conocer y a probar. Así empezamos a usar los materiales de *L'Hospitalet és escola*, a los que sacábamos un doble rendimiento: la Historia y el conocimiento de l'Hospitalet.

Los cursos los completábamos con fiestas: la Castañada, Carnaval, Navidad, Sant Jordi y, al final, una estupenda fiesta de final de curso con música, baile y (siempre interesados en la participación) concursos. En esos momentos te transformabas en animadora cultural... Nada que ver con la geografía o con la historia.

LAS TUTORÍAS

A veces parece que lo que hoy es muy corriente es algo que ha estado desde siempre. Pues no. Por ejemplo, las tutorías y los equipos docentes como están ahora constituidos aparecieron en los centros de enseñanza sobre el año 2000. Para los docentes, además de trabajo, han constituido una buena provisión de diversión, sorpresas y conocimiento moral. En el Mercè, antes solíamos tener charlas y muchas veces entrevistas, pero a partir del año 2000 todo esto ya estaba regulado, ya no era cosa de buena voluntad sino obligación. A veces me pareció que era la descripción del mito de la caverna de Platón: vivimos en cuevas de espaldas al sol, y percibimos sólo sombras de los verdaderos objetos reales. El conocimiento "cara a cara" nos sacó de la caverna.

Cada curso tenía su tutor o tutora y se reservaba una hora semanal en la que se conocía mejor al alumnado y se charlaba de todo. Nos encontramos con problemas y situaciones novedosas. Habíamos estudiado en la universidad para enseñar matemáticas o historia, pero nos tuvimos que enfrentar con hechos durísimos para los que contábamos con pocos recursos para solucionarlos. Los chicos problemáticos y de comportamientos horribles estaban casi siempre marcados por historias terribles. Nos esforzábamos haciendo cursillos para saber cómo manejarnos mejor, pero...



París, 1º de Bachillerato, 2008.

(siempre hay ese pero), muchísimas veces eran lecciones teóricas dadas por expertos alejados del aula. Entre nosotros, los profesores nos buscábamos y preguntábamos a unos y a otras: cómo harías tú si te viniera..., etc. Alguna vez esta relación fallaba, pero no nos desalentábamos. Por ejemplo, cuando ya estaban bien impuestas las tutorías, varias profesoras hicimos unos cursos de mediación. Se trataba de arreglar individualmente los problemas, pequeños problemas que a ellos y a ellas les parecían grandísimos. Primero hicimos los cursos unas cuantas profesoras y pronto vimos lo interesante que podía ser que los mediadores fueran también sus compañeros o compañeras de cursos superiores, así que se ampliaron los cursillos. Actuaban con cabeza y con corazón, además de una discreción absoluta que era imprescindible. Todos aprendimos mucho. Hablar, dialogar, exponer, razonar, opinar. Y lo prodigioso ocurrió muchas veces: se resolvían problemas encallados y los mediadores arbitraban soluciones interesantes. De nuevo, el aprendizaje no estaba sólo en las aulas. Desde las tutorías nos ocupábamos de todo lo que no era clase estricta, así que nos vimos preparando educación sexual, ayudando a los conferenciantes a repartir preservativos o compresas, a jugar al amigo invisible o a preparar los carnavales.

LOS CARNAVALES

Eran fiestas novedosas que se empezaron a tolerar después de la aridez del franquismo. Los ayuntamientos nos prestaban apoyo para poder pasear por las calles con vistosas rúas musicales. Allí, entre adolescentes, veíamos eso que luego en el "otro mundo", el de los adultos, se repite; a los chicos les gusta disfrazarse de mujeres horrosas y si es posible con tacones y a las chicas de bailarinas de cabaret y de brujas. La mayoría de los años recuerdo disfraces simpáticos y llenos de ingenio; pero tengo muy presente una vez, en los ochenta, en el que un grupo de cinco o seis chicos (¿tendrían quince años?) se disfrazaron como una comparsa de punks. Se pusieron cadenas (¿de cisterna de váter?), cazadoras negras con rotos, anchos cinturones con calaveras que ajustaban tejanos, camisetas desteñidas negras y algún colgante que completaba el disfraz, aunque sus caras de buenos chavales no las podían cambiar. Iban por la calle alborotando como toca hacer en Carnaval y los detuvo la policía y los llevaron a la comisaría. Eran tiempos todavía malos, en 1981 habían intentado un golpe de estado y aquellos policías no distinguían.

L'ACOLLIDORA

A finales, o casi a finales del siglo apareció en la Rambla Just Oliveras una escultura con un gran significado simbólico por su nombre y su realización estética: *L'Acollidora*. Como profesora de arte la utilicé para trabajos muy variados. En principio a los chicos y chicas no les gustaba (a pesar de que se pueda suponer otra cosa, los gustos de los adolescentes son muy conservadores), y las burlas eran muy simplonas... no se nace aprendido. Pero más adelante, muchas veces los comentarios finales de sus ejercicios fueron espléndidos y originales. Recuerdo, después de muchos años, frases llenas de generosidad y emoción sobre la ciudad que nos acoge.

L'Hospitalet recibe emigrantes desde hace muchísimos años. El Centre d'Estudis de l'Hospitalet dedicó y dedica muchas publicaciones a este tema con exhaustivos datos de barrios, números, asociaciones, que nos ayudan a entender cómo es la ciudad. En los años noventa, miles de extranjeros vinieron a trabajar y muchos con sus familias. A los hijos los matricularon en institutos, y, claro, aprendimos mucho sobre el racismo y la xenofobia. Todos los chicos y chicas, de aquí y de allá, llegan al Instituto con miedo a lo desconocido. Por lo tanto, es fácil suponer lo que esperas si además de novato eres inmigrante. Observamos que el racismo lleva doble dirección. Los chicos y chicas recién llegados, si pueden escoger, no quieren juntarse con otros que no sean de los suyos. Los profesores intentamos lo que parece mejor, la mezcla, a veces sin éxito. Cuando tienen libertad, en la hora del recreo, todos corren con los suyos a reírse "por lo bajini" de sus compañeros.

El profesorado se esforzaba sin dar señales de cansancio para que se sintieran arropados y contentos; no queríamos añadir sufrimientos a los que ya arrastraban, y para ello inventábamos juegos, clases especiales, facilidades imaginativas... todo



Viaje 2º y 3º de ESO, París 2009.

muy complicado cuando venían de países en donde los principios, por ejemplo el de autoridad, se preservaba con bofetadas, o en que había la convicción de que lo óptimo para mantener la disciplina en clase era el castigo. Nos enfrentamos a situaciones graves —como a unas niñas pakistaníes a las que casaron— y a otras chocantes —como “la fiesta de los quince años”, que celebraban allá por Colombia, de las que nos enseñaban álbumes de fotos que nos transportaban a los cuentos de hadas... Cuando teníamos reuniones de tutoría con sus padres, mejor con sus madres, a veces no conocían el idioma y sus hijos hacían de intérprete, pura paradoja. Pero sin excepción, queríamos que sintieran que el mensaje de la escultura L’Accollidora en l’Hospitalet era auténtico.

LOS TRABAJOS DE INVESTIGACIÓN DE BACHILLER Y MÓDULO

La ESO conllevaba los trabajos de síntesis y el alumnado de segundo de bachillerato y de Ciclo Formativo de Medio Ambiente tenían y tienen que elaborar un trabajo de investigación. Los chicos escogían el tema aproximado y buscaban al profesor o la profesora que debía dirigirlo. Implicaba muchas horas y una considerable dificultad. Mi departamento, el de Geografía e Historia, dirigió muchos trabajos y algunos muy buenos que consiguieron premios. Pero no podríamos haberlos hecho sin la ayuda desinteresada de muchos, sobre todo del Centre d’Estudis y del Archivo municipal. Allí, acompañando a chicos y buscando temas, redescubrí l’Hospitalet. La emoción de la llegada de la 2a República, las vísperas de la guerra, la retaguardia y

el hambre, los años cuarenta, las viviendas, la pobreza y la represión, la aparición de los grandes barrios de la emigración de los sesenta, siempre indagando con fuentes primarias. Aún tiemblo cuando recuerdo algún documento. Los alumnos respondían bien, muy bien, y cuando valoraban su aprendizaje, ponían en primer lugar aquellos trabajos de investigación que les daban paso a la Universidad. Los profesores y profesoras vivíamos todo esto muy de cerca, nos poníamos nerviosos y nos alegrábamos de sus éxitos casi como propios. En la exposición oral de los trabajos notamos de inmediato una enorme carencia. Había una gran dificultad en la defensa oral de cualquier tema, aunque fueran chicos y chicas brillantes y con las ideas claras. La enseñanza tan ligada a exámenes escritos y la poca promoción de la oralidad se paga con torpeza, que hace que parezca que saben poco y no discurren bien. Este es uno de los vacíos de nuestra enseñanza y afecta a todo el mundo: a la enseñanza pública y a la privada, de Barcelona, Madrid, Sevilla...; a la ESO, al Bachiller y a los Ciclos Formativos. No parece que haya grandes dificultades para remediarlo, aunque de nuevo para resolverlo nos encontremos con la resistencia de algunas mentalidades, pero espero que no sea un cambio inasequible.

Terminada esta pequeña narración de mis recuerdos, me digo a mí misma: "Pero si no has comentado esto, o lo otro". En fin, ¡contarlo todo es imposible! Pero las cosas son así, siempre estamos eligiendo. Mis años profesionales fueron estupendos y todos los recuerdos que acumulo me sirven no sólo para tener unas cuantas arrugas, sino para estar segura de la suerte que tuve trabajando en la enseñanza pública secundaria en l'Hospitalet.